

Año IV.

Barcelona 10 de Octubre de 1890.

Núm. 174.



LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTRAS TIPLES, POR ESCALER.

Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º
Horas de despacho: de 2 a 4 tarde

Precios de suscripción
Barcelona. 1'50 ptas. trimestre
Provincias. 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.



EMILIA ESPI

Ayuntamiento de Madrid

La Semana

Bueno es el amor á los demás, pero si exageramos el *altruismo*, vamos á caer en el ridículo, ni más ni menos que el Corregidor de Almagro.

Este murió de pena porque á un su amigo le sacaron corto el chaleco, y aquí estamos inconsolables porque á Portugal le han recortado las colonias más de lo conveniente.

Un pueblo pequeño, cuya segura mano lleva por el camino del progreso innúmeras colonias que abultan más que él, como los clásicos atletas llevaban, domada y obediente, la cuadriga de poderosos caballos; un pueblo grande y codicioso que abusa del pequeño y le arrebató arteramente colonia tras colonia...

Convengamos en que tan aflictiva situación hace de Portugal un estado interesante, por no decir embarazado.

Y á la vista de tales iniquidades, nuestro noble y generoso corazón, siempre dispuesto á socorrer al débil y á desfacer entuertos—no aludo á Camoens—se coloca resueltamente al lado de los portugueses y en contra de la rapacidad británica.

¡Lástima que en nuestra *lusomania* no encontremos mejor medio de protesta que el de reunirnos en *meetings*, bautizando de esta manera, con un nombre inglés, reuniones anglófobas precisamente.

—Yo brindo porque España se ponga al lado de Portugal—grita un orador.

—Yo porque Inglaterra se vea aislada—prorrumpe otro.

Y estas perogrulladas geográficas levantan de cascos al público.

Oradores hay que proponen se regale á la nación vecina nada menos que un ejército de ocupación con destino á las islas británicas, y otros, más acertados sin duda, proponen como obsequio, en vez del ejército de ocupación, varios generales desocupados.

También sale á relucir la unión latina.

Y á todo esto, Portugal sin entender de latines.

De Badajoz y de Tuy para allá, español es sinónimo de apestado, y más miedo tienen á nuestro cólera que á la cólera de los ingleses.

¡Cuan diferente se presenta la cuestión portuguesa, según que la miremos en la frontera ó en los *meetings*!

Aquí les tratamos como á hermanos.

Allá nos tratan como á los tíos.

Aquí pregonamos las ventajas de algun avanzado Credo político.

Allá nos sueltan cada disparo que canta el Credo.

Y á propósito de credos políticos.

No es su confección tan fácil como á primera vista parece; lejos de eso, los apóstoles de cada nuevo partido sudan la gota gorda antes de redactar un programa original, y cuando, satisfechos de su obra, la pregonan á los cuatro vientos, el público ve en ella más plagios é imitaciones que en un juguete cómico de los que hoy privan.

—¡No queremos la revolución á *outrancel*!—dice una fracción republicana, acabada de salir ó de caer del nido.

—Pues para ese viaje no necesitábamos alforjas, replica un tribuno reivindicando para sí la propiedad del flamante principio.

—¡Dejad que los emigrados se acerquen á mí!—dice en tono profético otro político y fundador.

—¡Vaya! ¡vaya!—contestan cien voces—no nos toque Vd. la amnistía, que siempre ha sido cosa nuestra.

—¡Economías, señores! las economías que han salido nuevas!—pregonan desgañitándose los voceadores de un partido recién formado.

—¡Fuera antiguallas!—prorrumpen como un solo hombre todas las demás agrupaciones.

Mas no por eso es cosa de desanimarse, y pues estamos en vísperas de elecciones, nazcan partidos á *tutiplen* y redáctense programas sin cuento, que alguna flauta pueda ser que suene por casualidad.

Ya tengo noticia de algunas fracciones nonnatas. Oído á la caja y véase la clase:

PARTIDO ULTRA-REFORMISTA.—Reformas militares, reforma de la Constitución y reforma de letra.

PARTIDO DE LA NACION POR LA NACION.—*Self*, Administración, *Self government* y agua de Seltz á todo pasto.

PARTIDO ECONÓMICO.—Se suprimen las contribuciones, los impuestos, las quintas... y el que venga atrás que arree.

A todo esto, entre las fuerzas vivas del país la agrupación que más se desarrolla es la de la Ane-mia voluntaria.

O sea «falta de color político.»

Cada dos ó tres días aparece entre los telegramas de la Agencia Fabra uno del siguiente tenor:

«Han pasado los Dardanelos con dirección á España tantos buques con cargamento de trigo. Solo uno de ellos vá consignado á Barcelona, dirigiéndose los restantes á Gibraltar.»

Y una de dos: Ó los habitantes de la plaza ingleses no se alimentan más que de trigo (y no es de extrañar entonces el color *triguero* de los ingleses) ó el célebre peñón es para España, no sólo una mancha que nos afea, sino una porción de *granos* que nos afean todavía más.

Si el trigo es para ellos, con su pan ó en su pan se lo coman; pero si, como creen los maliciosos, pasa á España sin que la Aduana se entere, ya ese trigo... es harina de otro costal.

No es de temer que este asunto, por más que la prensa lo remueva y discuta, ocasione conflicto alguno con Inglaterra, porque si donde no hay harina todo es mohina, donde hay tanta harina y tanto trigo por medio, todo debe ser paz y concordia.

Hable, pues, la prensa y hable sin miedo de que nuestras relaciones con el Gobierno inglés se enfrien ni se atiranten lo más mínimo.

Si bien en los asuntos del Peñón, fuera de desear para España una nueva era.

Es decir, una *era*... con menos trigo.

Patriotas hay que mirando al escarpado cono

del Peñón, creen ver al leopardo inglés echado en tierra y vigilando astutamente dos mares; mas yo declaro que ante aquella mole inmensa, creo tener ante mis ojos un *almud* más grande, si, pero muy semejante á los que emplean en las alhóndigas para medir el grano.

Y cuando oigo decir que el peñón está plagado de agujeros por donde asoman su boca los cañones ingleses, no se me ocurre figurármelo como una ametralladora monumental, sino como un harnero de padre y muy señor mío.

Los trigueros españoles deben de andar muy escamados con esas presuntas importaciones, por lo que no será extraño que veamos el mejor día un raro y singular combate entre la liga de acá y la de allá, ó sea entre la Liga Agraria castellana y la liga inglesa ó *farretiera*.

Caso de empeñarse la lucha, yo apostaré siempre en contra de la liga extranjera y á favor de la Liga Agraria y de todas las ligas de por acá, incluso las ligas de mi morena.

Por hoy me limito á llamar la atención sobre lo que pasa por los Dardanelos y lo que pasa luego en Gibraltar.

Que si eso no es jugar al escondite, es, por lo menos, jugar á los *estrechos*.

¡Ojo al Cristo! — como dicen los chulos — y encámonos sin miedo alguno con la gran Albión, habida cuenta de que si, comparados con ella, somos simples hormigas, también estas (y dígalos Samaniego sinó) saben discutir perfectamente

*ocultando á la espalda
las llaves del granero.*

¡Poquito que daría yo porque cogieran á un súbdito inglés con las manos en la masa ó aunque fuera en el trigo solamente!

Le agarráramos por la solapa, le presentaríamos al Director general de Contribuciones indirectas y con toda la solemnidad que requiere el caso, diríamos entonces con el Angel:

—El señor es con *trigo*.

Y ahora, si les parece á Vdes. demasiado *granular* la Crónica presente, consideren que lejos de ser un vicio, es una gran virtud el «irse al grano», ó háganse la cuenta de que escribo la *Semana* de hoy, no en Barcelona, sino en Grano-llers.

LUIS ROYO VILLANOVA.

PERIODISMO DE TIJERA

Quien confeccionar intente un periódico cualquiera, es necesario que cuente con una buena tijera, y, para hacerlo mejor, muy conveniente sería contratar á un redactor entendido en sastrería, si es que contratar no se pudiera á un torero ducho, porque los toreros de *recortes* entienden mucho.

El trabajo de escribir es un trabajo que abruma; por eso hay que prescindir por completo de la pluma; á no ser que uno se afane por hacerlo menos mal y, cortando, se engalane con plumas de pavo real.

El periodismo al abismo va de la pereza en brazos; de tal modo el periodismo se da á los tijeretazos, que de la fea manía de cortar á consecuencia, va y se corta el mejor día el hilo de la existencia.

Como en provincias mejor que en Madrid cortar se puede, no hay en ellas redactor que corto al cortar se quede. ¿Que un diario á sus manos llega con una carta que importa?

Pues coje al punto al colega y al instante se la corta.

En los diarios mejores que envían diariamente de Madrid, los redactores se ensañan horriblemente; y este abuso del recorte así suelen disculpar:

«Si son diarios de *corte* ¿no los hemos de cortar?»

En provincias, y ya lo indiqué, se corta todo; no hay periódico que no meta la mano hasta el codo. De uno sé, —no digo cuál, y así un compromiso eludo,— que le roba á *El Liberal* los fondos muy á menudo; y la mano, sin conciencia, otro, que nombrar no quiero, mete en *La Correspondencia*, como si fuera un cartero...

Y citaría un montón, cuantos hoy á luz se dan, que por un mismo patrón todos *cortados* están. Debemos á la tijera un cambio muy importante, puesto que con la manera de *redactar* dominante, parecen las redacciones cuando el *papel* se elabora, talleres de confecciones de vestidos de señora...

Así redactando se puede ahorrar, no cabe duda: se ahorra la tinta que se gasta y la que se suda, y también se facilita la entrega de original, como asimismo se evita una errata garrafal que cometerse pudiera, pues nadie negar osara que escribiendo con tijera se tiene la letra clara.

Pero merece un desastre esa gente fementida que corta peor que un sastre, quiero decir, sin medida. Merece ser castigado de esas gentes el cinismo, que en las provincias ha echado á perder el periodismo. Répugna tanta vileza; á esa gente inaguantable córtesele la cabeza ú otro miembro indispensable...

¿Qué hacen esos redactores? ¿Pero qué piensa esa gente? Eso para mí, lectores, es robar, sencillamente. Los periodistas se han vuelto ladrones, —y no es ofensa;— hoy es un presidio suelto el estadio de la prensa. ¿Por qué os habeis convertido, periodistas militantes,



—Pues hace V. mal en no bailar, marquesa. Ya sabe V. que este mundo es un fandango...

—Pues por eso no accedo Conde; porq ie creo que á V. le corresponde no bailarlo.

PICADILLO, POR «MECACHIS.»



—Desengáñate; para matar toros con seguridad no hay como tener mucho pulso y mucho coraje.

—No, hijo: para despachar toros con seguridad, no hay como tener un puesto de carne en el mercado de la Boquería.



Dicen que en Zaragoza arman un baturrillo los obispos... Donde hay tantos *baturros* ¡está claro que ha de haber *baturrillos*!



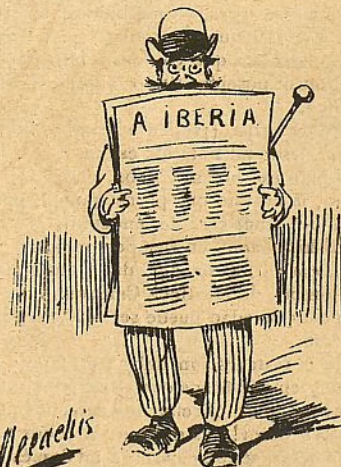
—Di, monín: si tu fueras rey ¿qué me harías?
—¡Por Dios, vidita! no se dice así. Se dice orinar: «qué orinarías.»



—Pues figúrese. Vd. que desde que llegó Julio, mi mujer anda desazonada y cabilosa. Y esto me trae preocupado.

—Bueno; eso dependerá de que Julio es un mes muy caluroso.

—No, señor: eso depende de que Julio es un primo suyo que se ha venido a vivir en casa.



Mecachis

De modo que ahora resulta que los portugueses son unos héroes y unos... ¡Bendito sea Dios, y cuántos siglos nos lo habíamos tenido callado!

de instrumentos de partido
en instrumentos cortantes?

La prensa antes peleaba
dando muestras de valiente;
antes «pinchaba y cortaba»,
y ahora *corta* solamente.
Cada papel tiempo atrás
opinaba á su manera,
y hoy piensan... con el que más

abasto dé á su tijera;
y un periódico hoy carlista,
mañana es republicano
y el que era ayer anarquista
hoy parece ultramontano.

¿Que un *papel* original
ve el lector? Nada le importe...
Será de un corte especial,
pero al fin será de un *corte*...

¡Señores! ¿quién no se presta
á combatir el capricho
de esa gentuza que infesta
el estadio susodicho?

¡No dejemos, por favor,
que trueque esa turba impía
la más sagrada labor,
en labor de sastrería!

FERNANDO SEGURA.

FRAGMENTO (1)

Yo sé que el mundo en sus primeros días
ni sombra tuvo de traidoras penas;
sólo tuvo puñados de armonías
que derramaba Dios á manos llenas.

Dios, sólo haciendo el bien se satisfizo,
fué bueno y generoso hasta el derroche;
abrió los ojos, y la luz se hizo;
cerró los ojos, y nació la noche...

Mas, ya lo veis, por grande que Dios sea
y aunque nos dé su inmenso patrimonio,
¡tambien Luzbel es grande, y el demonio
se atreve á deshacer lo que Dios crea!

Al bien, que Dios regala, el mal opondrá;
donde Dios forja luz, él forja sombra;
donde Dios puso los rosales, pone
una senda de abrojos por alfombra.

Y á luchar decididos

con empeño profundo,
los dos en plena posesión del mundo,
Dios siembra amores y Satán olvidos...

Vemos rodar en torbellino ciego
estrellas, ilusiones, esperanzas...
¡Ay! Y en medio de tantas lontananzas
¿qué es la vida? ¡Es un círculo de fuego!

¿Por qué, si Dios dá bienes y dá amores,
hay quien el alma en la balanza pese?...
¿Decís que es Dios el que nos dá rigores?...
¡Oh, no! ¡Mil veces no! ¡Mi Dios no es ese!
¡Mi Dios es todo luz y todo es flores!...
Si hay un Dios y nos manda los dolores...
¡ojalá no lo hubiese!

RICARDO J. CATARINEU.

ANTONIO CORTÓN ELECTOR.

Indudablemente la democracia es una gran cosa.
Sin su fecunda propaganda, sin la influencia de sus
principios en las leyes, yo me hubiese muerto tran-
quilamente sin ser nunca elector.

Porque claro está que yo nunca hubiese pagado
contribución ni poseído título alguno profesional
ó académico.

Hombre de letras (¡valiente cosa!), he podido
contribuir, desde mi humilde esfera, á la cultura de
la patria; pero eso no me daba, para los efectos
electorales, la aptitud que posee, pongo por caso,
el amo de cualquier casa de lenocinio.

Cuando hubo aquí, en tiempos mejores, sufragio
universal, era yo menor de edad, como Cánovas
bajo el dominio de Martínez Campos. Y ya se sabe
que un menor de edad puede ser rey, pero no pue-
de ser elector.

Cuando la restauración hubo triunfado y yo tuve
los veinte y cinco años que se requieren (ni uno
más ni menos) para ejercitar los derechos políticos,
entonces ¡oh dolor! nos quitaron á todos esos de-
rechos: es decir, se los dejaron á mi doméstico, que

es abogado, y á los amos de las casas de juego y de
prostitución, que son contribuyentes.

No he tenido, por lo tanto, la honra de contri-
buir á mandar al Congreso (ni á ninguna parte) al
hijo ó al yerno de tal ó cual fantasmón; ni menos
me ha sido lícito dar mi voto á ninguno de los ve-
nerables patricios que se han robado hasta el co-
pón en el Ayuntamiento.

Un día, sin embargo, en época de elecciones pro-
vinciales, recibí por el correo interior un volante
de la masonería, en el cual, saludándome á nombre
del Gran Arquitecto (ese es elector, porque tiene
título) me recomendaban á un h. que presentaba
en mi distrito su candidatura para diputado pro-
vincial.

—¡Cielos!—grité con voz robusta—¿Seré yo, sin
saberlo, un hombre importante? ¿Habrá sido el
gobierno tan generoso y tan magnánimo, que me
habrá concedido, siendo yo un átomo, el derecho
de elegir un representante de la provincia?

Para saber á qué atenerme, busqué la ley pro-
vincial de 1882, y en su artículo 33 leí lo que
sigue:

«Tendrán derecho á votar diputados provincia-
les y á ser inscritos como electores en las listas del
censo electoral á que corresponda su domicilio res-
pectivo, todos los españoles varones, mayores de
edad, que acrediten saber leer y escribir.»

(1) Del poema inédito *Los pilluelos de la playa*.

Ahogado por la emoción, vertí sobre el libro de la ley un torrente de lágrimas. Porque era cierto, sí: ¡era elector! ¿Quién podía negarme rectamente mi cualidad de español, y de varón, y de mayor de edad?... Lo de saber leer y escribir, ya era más difícil, porque esto era menester *acreditarlo*, y yo no hacía memoria de haber leído ni escrito nunca dos renglones ante el alcalde del barrio.

Dejando esto á un lado, no pude menos de hacer justicia al espíritu democrático de la ley. Cualquiera descamisado, sin ser contribuyente, sólo por saber leer y escribir, tenía derecho á votar. Era indudable que de ese modo quedaban desamparados y á merced de la plebe los más altos intereses de la sociedad, de la familia, de la religión, etc., etc...

Pero en esto toparon mis ojos con el artículo 34, que decía:

«Tendrán también derecho á ser inscriptos, aunque no supieren leer ni escribir, los que se hallasen en alguno de los casos siguientes:

1.º Ser contribuyente, con cualquiera cuota, por la contribución de inmuebles, subsidio industrial y de comercio etc., etc...»

Esto me tranquilizó. Hubiera sido cosa tremenda negar aptitud política á los ciudadanos que no saben leer ni escribir, pero que tienen dinero.

La ley, al fin y á la postre, había sido previsora y encerraba una compensación muy justa: de un lado, los pobres, es decir, los que sabemos leer y escribir; de otro lado, los ricos, es decir, los que no saben.

Verdad es que podía presentarse cualquiera que, sin ser contribuyente, supiese leer, pero no escribir: Moya, por ejemplo. ¿Sabe escribir el diputado por Puerto-Rico? Puedo asegurar que cuando me traen una carta suya, necesito ir por la noche á buscarle al café para ver qué diablitos me ha escrito. Se gasta el hombre unos palotes y unos garraños...

Mas sea lo que fuere—y volviendo otra vez á mi historia—yo resolví ejercitar mi derecho. Al fin y al cabo, era aquella la única ganga que por saber leer y escribir había yo conseguido en el mundo después de haberme pasado toda mi existencia trabajosa leyendo y escribiendo.

Resolví ejercitar mi derecho.—Obrando así, pensaba yo, si mañana me dice cualquiera:—«Lo que aprendiste en la escuela ¿de qué te sirvió ó en qué lo empleaste?» responderé con orgullo:—Voté á don Juan Pérez para diputado provincial.

Resolví ejercitar mi derecho. Y en son de venganza, lleno de odio hacia la sociedad y hacia las leyes, queriendo protestar contra todo, mojé con petróleo una papeleta, y busqué, para llevarlo á las urnas, el nombre de la persona más inmoral, más antipática y más indigna...

Pero tuve que desistir de mi idea; porque como entonces mandaban los conservadores, sólo en el campo ministerial hubiera encontrado el candidato de mi gusto.

Además, luego supe que no habían incluido mi nombre en las listas del censo electoral. ¡No había acreditado que sabía leer y escribir!

Quando el memorialista de mi calle lo supo, me dijo lleno de indignación:

—Compañero, ya sé que no le han dejado votar.

¡Qué injusticia! ¡usted que escribe hasta sin falsilla y que tiene una letra inglesa tan bonita!

Y luego añadió, un sí es no es filosófico y volviéndome la espalda:

—Cuando vengan los liberales votará *tutti li mundi*.

Si, señor, vinieron los liberales y se han ido también, mas no sin dejarnos en posesión del derecho electoral á todos los varones de la Península é islas adyacentes.

¡Seré al fin elector?... ¡Quien sabe!... No basta con tener un derecho: es preciso, además, que se lo reconozcan á uno.

Para salir de dudas, fui á *buscarme* á las listas del censo, expuestas por el Ayuntamiento en la plaza Mayor, en la misma histórica plaza (¡oh, la ley del progreso!) donde celebraba antaño el Santo Oficio los autos de fé, y en donde se alza todavía la estatua ecuestre de Felipe III.

En tiempos de Martínez de la Rosa, casi ayer mismo, sólo tenían en toda España derecho electoral 980 personas. Había provincias con un censo de 20 electores. Hoy las listas del censo de Madrid llenan 5.661 pliegos y ocupan en la plaza un zócalo de 2.547 metros, arrojando un total de cien mil y tantos electores. ¡Un sueño de *Las mil y una noches* para los diputados por Puerto Rico!

En el sitio por donde dí comienzo á la busquera, venía á caer la letra *M*. Apreté el paso... En la letra *M* no podía haber más que conservadores.

Anduve unos cuantos metros, más de un centenar, y me detuve en la *G*. Los Gonzalez se extendían por un piélago interminable de tinta. Seguí subiendo y llegué á la *F*. ¡Un batallón de Fernandez! ¡La *D*! La familia Diaz se alarga como la cola de un bajá de Cuba ó de Puerto Rico...

En la *C* éramos pocos relativamente. Antes que yo, figuraban Antonio Cortón, tabernero, y Antonio Cortón, carnicero. Dos personajes que si se van á las Antillas tienen allí un gran porvenir en el partido conservador.

Debajo de estos dos ciudadanos, sin duda parientes míos (porque yo pertenezco á la morralla más sœz) leí este renglón:

«Número 22,840.—Cortón (Antonio), escritor, 39, Leones 8, no.»

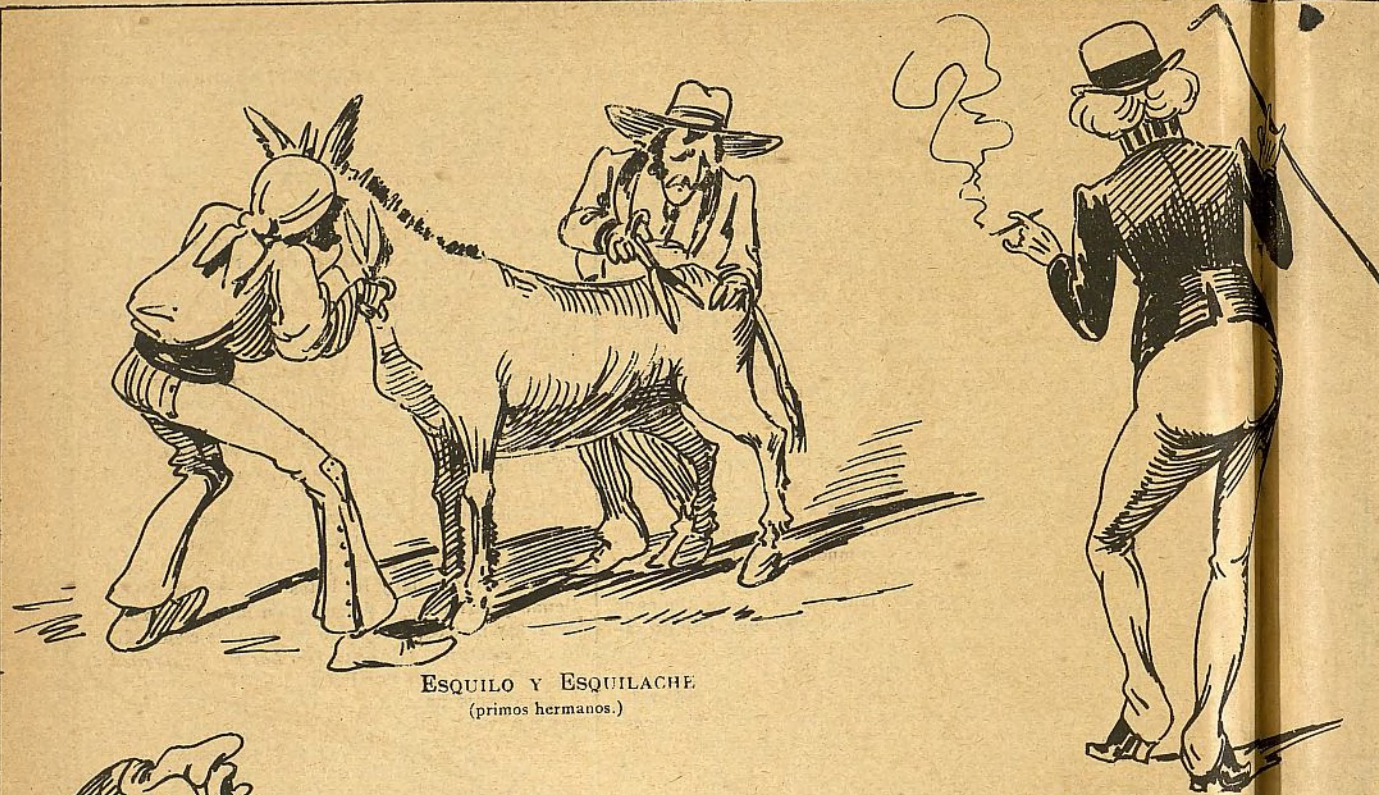
El monosílabo final quiere decir que *no sé leer ni escribir*. Perfectamente: pero, entonces, ¿por qué se me titula *escritor*?

Viendo más arriba á D. Víctor Balaguer figurando como *literato con tienda abierta*, me consolé. Y me consolé mucho más al ver algunos abogados y médicos, de quienes también se hace constar que no saben leer ni escribir. Esto no es extraño, después de todo; pero esos títulos académicos ¿cómo se los han dado?

Leones 8: las señas de mi domicilio. Ya sabes donde tienes tu casa, lector, y donde á tus órdenes me hallarás siempre, no siendo para pedirme dinero ó para leerme alguna oda á Peral.

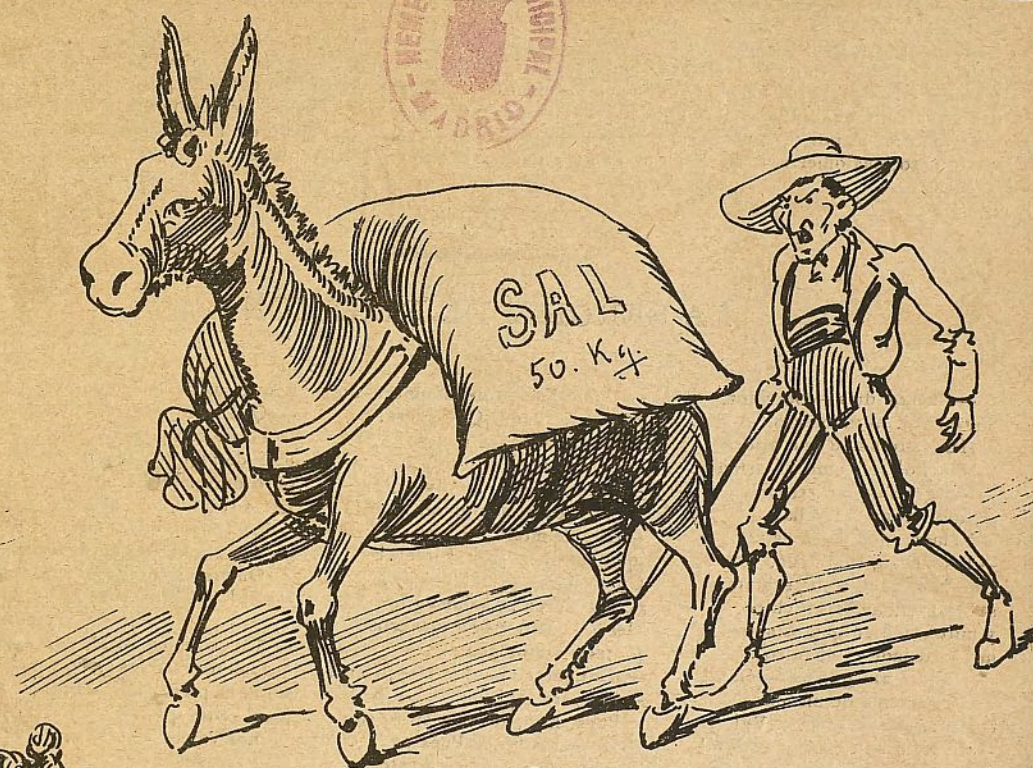
Pero lo horrible, lo verdaderamente espantoso, es la cifra, la insultante cifra con que cuentan los años que en este mundo he vivido: ¡39! Cinco años me aumentan, nada menos que cinco años; cinco años, señores, que á estas alturas y cuando uno no

PERSONAJES CELEBRES, POR MELITON GONZALEZ



ESQUILO Y ESQUILACHE
(primos hermanos.)

D. ENRIQUE DE TRASTARA



SALIS-BURRI
(Este está en latín.)

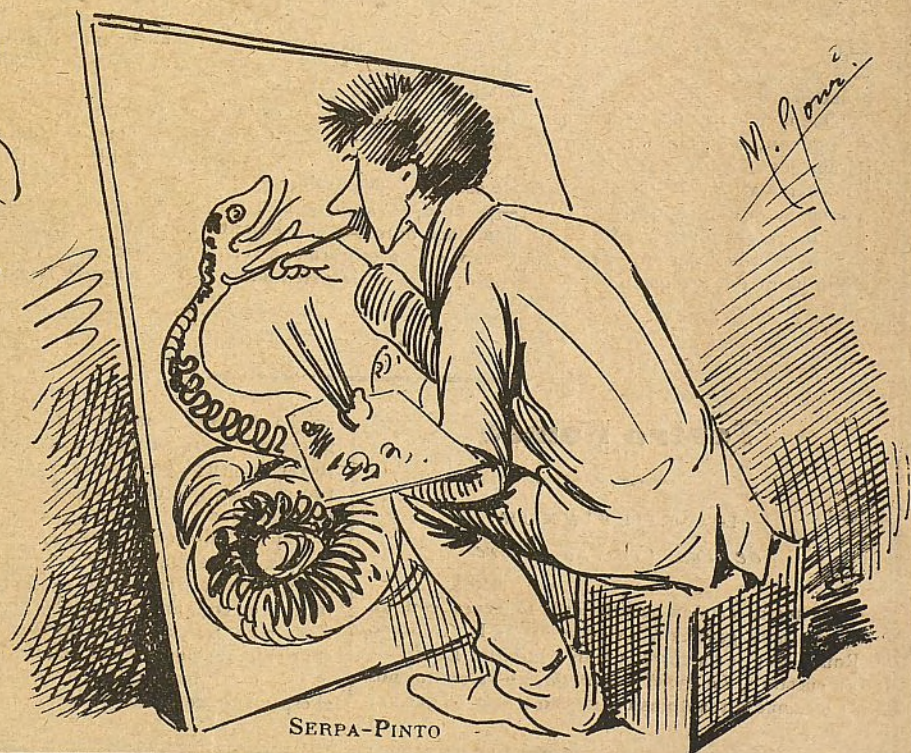


EL DANTE lecheri

VIRGILIO
(aunque V. lo dude)



ANA-BOLERA



SERPA-PINTO

ha llegado ni á ministro siquiera, son cinco meses de plomo ó cinco días de gobierno de Cánovas. Esto realmente es un abuso. Pase, y es mucho pasar, que en la calle le publiquen á uno la edad que tiene, pero al menos ¡que no haya recargo! Porque á este paso, cualquier día le hago el amor á una

mujer y me va á responder con chunga: «Quite usted allá, vejete. Si puede usted ser mi padre...»

¡Estaba escrito! Ni con sufragio universal ni sin él tengo voto! Porque esa que figura en las listas de la plaza Mayor no es, no puede ser el legítimo, el auténtico, el verdadero

ANTONIO CORTÓN.

LA SEÑORA DE REGATÓN

—Buenos días.—Servidor.
Soy con V. al momento.
—¿Ha visto usted qué calor?
—¡Muchol! .. Tome V. asiento.
—Mil gracias, me sentaré, porque vengo fatigada.
—Vamos; ¡qué desca usted?
—Poca cosa, casi nada.
Que hace poco se ha sentado sobre mi abanico un chico, y mire usted en qué estado me ha dejado el abanico.
¿No podrá arreglarse?—¡Quí! Eso se arregla de un modo: comprándonos otro.—¡Ya!
—¡Si se lo han deshecho todo! ¡Pues si aquí no hay ni botón, ni varillas, ni país!... Verá usted qué colección ha venido de París.
Al fin nos arreglaremos...
—¡Que yo soy muy regatona!
—Mire usted que aquí tenemos lo mejor de Barcelona.
—¡Qué malo es usted!—Abanicos de algodón, raso, moiré... ¡Y aún los tenemos más ricos!
¡De cuarenta duros!—¡Qué! ¿De cuarenta duros?—¡Sí! ¡Son de un gusto delicado!
—Pues ya sabe usted que á mí me lo ha de dar arreglado.

—¿Cuál? ¿Ese roto?—¡Hombre, no! El que le tome. ¡Qué guasa! Y no olvide usted que yo compro siempre en esta casa.
—Señora, no lo he olvidado. Elija usted el que quiera.
—Este de moiré pintado ¿qué cuesta?—¡Una friolera! Cinco duros.—¡Já! ¡já! ¡já! ¿Cinco duros... solamente? ¡Jesús!—Mire usted que está pintado divinamente.
—¿Conque cinco duros?—¡Claro! —¡Ya será algo menos!—¡No! —Pues, hijo, lo encuentro caro.
—Es precio fijo.—Pues yo lo más que le ofrezco á usted es un duro.—¡Qué locura! —Y eso porque es de moiré y me gusta la pintura.
—Lo siento, pero no puedo...
—Doy un duro, lo repito...
¿No cede usted?—No, no cedo.
—Me estiraré otro poquito.
Doy veintidós reales.—¡Por Dios! —¿No conviene?—¡No! —Pues, [hijo, me estiraré... ¡Veintidos!
—¡Señora, si es precio fijo! Son cinco duros.—¡Qué espanto! Pues vuelvo á estirarme, á ver...
—No, no se estire usted tanto

que se puede usted romper.
—¡Qué malo es usted, y qué pillo! —Yo de complacerla trato.
Este de algodón sencillo se lo daré muy barato.
Estos son los más usuales.
—Francamente, no me peto.
¿Y qué cuesta?—Veinte reales.
—¿Quiere usted una peseta?
—¡No!—¿Cuatro y medio?—(¿Qué [asedio!]
—¿Cinco reales?—(¡Me encorral! —¿Quiere usted los cinco y medio?
—¡Si es precio fijo, señora! ¡Son veinte reales!—Pues, hijo, no nos vamos á arreglar.
Con eso del precio fijo no hay manera de comprar.
—(¡Qué suplicio más cruel! ¡Tanto regatear molesta!)
¿Le gusta este de papel?
—¡Es muy bonito! ¿Qué cuesta?
—Este por nada le sale.
Se lo doy gratis.—¡Qué malo! ¡Ya será algo menos.—¡Dale! ¡Señora, si es un regalo!
—¡Ah! ¡Ya! ¡No había enten- [didol...
Mil gracias por la atención.
¡Abur!—(¡Lo que me ha aburrido!) ¡Memorias á su marido... el señor de Regatón!

VITAL AZA.

Teatro Remea

LO CASTELL Y LA MASIA,
de don Conrado Roure.

El teatro catalán cuenta desde el jueves con un drama más, gracias á los desvelos de D. Conrado Roure, que se ha entrenido en escribirlo. El drama en cuestión, *Lo castell y la masia*, no vale ni menos ni más que otras obras del mismo teatro, en que hay

mucha *henrrra* y mucha *venjjanza*... y *res más*: ni caracteres, ni pasiones, ni el menor rasgo de observación psicológica; nada, en fin, de lo que se necesita para que un drama sea del género que sea, valga la pena.

Hay allí un *arréglalo-todo*, en figura de guardabosque, representante, y Dios se lo premie, de las ideas democráticas, el cual se pirra por decir cuantas son cinco á un baron de S. Telm, personaje de ideas muy rancias y muy aristocráticas, pero que consiente que durante dos actos el guardabosque se le suba á las barbas. Traba también conocimiento el espectador con unos padres, de esos de comedia

(de comedia del teatro Romea) que apenas ven á sus hijos, les dicen en tono llorón que les quieren mucho, muchísimo, que no pueden vivir sin ellos y les abrazan y les besan para que el público se convenza de que sí, que efectivamente les quieren... En fin, que los personajes es muy probable que tengan el pulgar oponible, por gracia de Dios, aunque no lo merecen.

El enredo no está á mayor altura que los personajes. Figúrense Vds. que tres personas salen de caza, y que una de ellas aparece luego asesinada. Lo primero que á Vdes. se les ocurriría, como se ocurriría á cualquiera, sería prender y encausar á las dos restantes hasta saber quien era el culpable. Pues allí, no señor: la justicia y el pueblo acusan á uno solo: precisamente al inocente; y nadie se ocupa del culpable, que queda muy tranquilo. Y gracias á que el muerto, ya difunto y todo, nos dice la verdad... Pero ¿cómo nos la dice? ¡Dios me valga! En un papelito (que, dada su importancia, debería

figurar en el reparto de *papeles* de la obra, siquiera en concepto de comparsaría) el cual está encerrado en una caja de hoja de lata alegórica, oculta en el azulejo número diez de la fila segunda de una sala. Pero todo esto nos lo explica el difunto allá á cosa de las doce de la noche, cuando á consecuencia de lo avanzado de la hora y del papelito, se acaba el drama.

Para colmo de males, la obra está en verso, y así al oído y en una sola audición no parecen malos, salvo siempre algunos rípios equitativamente repartidos por el diálogo.

El drama, como es natural, fué muy aplaudido y celebrado y lo será aún más con un público que no sea el que suele acudir á los estrenos: el de los días de fiesta, por ejemplo. Porque este es un público muy bonachón é impresionable, que gusta aún del *porrazo del consonante*, como decía Jauregui, y de que un guardabosque acuse las cuarenta á un barón.

ANTONIO L. RUIZ.

PERDIDA IRREPARABLE

Yo conozco á un individuo, llamado Perico Mesa, que por calles y por plazas, callejones y plazuelas, fondas, teatros, cafés, casas de juego y tabernas, va siempre buscando á alguien para contarle sus penas y ver de paso si puede sacarle un par de pesetas.

Perico es muy desgraciado, y cada vez que me encuentra, me relata con voz triste sus desventuras inmensas. Pero llama mi atención que se fundan todas ellas en idéntico motivo: en una sensible pérdida, que le obliga á molestar, (¡ya lo creo que molesta!) á los seres bondadosos y compasivos... y *etcétera*.

Lo que es tocante á *perder*, apuesto yo la cabeza,

á que no existe en el mundo quien aventajarle pueda. Ha perdido el infeliz, de dos años á esta fecha, siete billetes de Banco, dieciseis portamonedas, diez letras del Giro Mútuo, yo no sé cuantas carteras conteniendo documentos de importancia, que le eran precisos para cobrar yo no sé cuantas herencias, y tres ó cuatro relojes, y seis ó siete cadenas. Ha perdido á su mujer lo menos una veintena de veces... (sobre este último hay opiniones diversas, y mas de cuatro personas aseguran que fué ella la que se perdió con un teniente de la reserva). Lleva perdidos cien hijos á causa de la viruela,

del tífus, del sarampión, de la fiebre tifoidea, y de otras enfermedades más ó menos epidémicas. Perdió el tren; perdió un destino, que le dieron en Hacienda, y en mas de mil ocasiones perdió también la paciencia.

Hoy, por centésima vez, vino á verme el pobre Mesa, y en la forma acostumbrada empezó su triste arenga:

—Dispensa si te molesto, querido amigo; ¡dispensa! pero estoy en un apuro... una irreparable pérdida...

No le dejé concluir, y enseñándole la puerta, le dije:—Ya sé, ya sé lo que has perdido.

—¿De veras?

—Sí, Perico, sí; me consta: ¡tú has perdido... la vergüenza!

TOMÁS CAMACHO.

TRANSFORMACIÓN, POR M. GONZALEZ



1



2



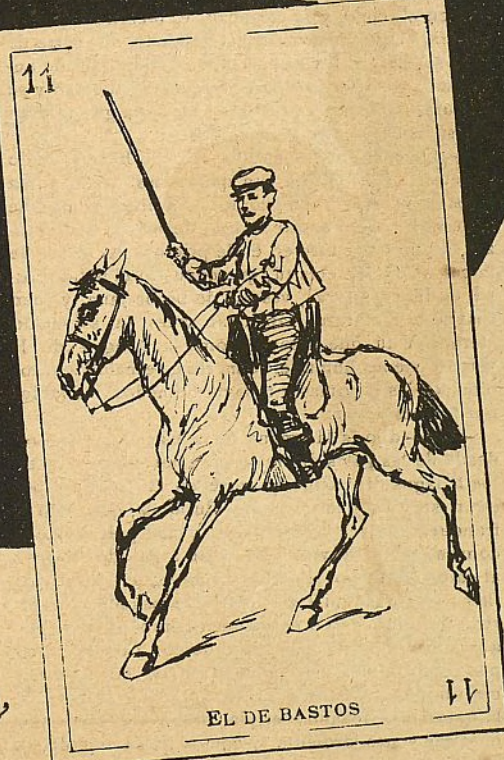
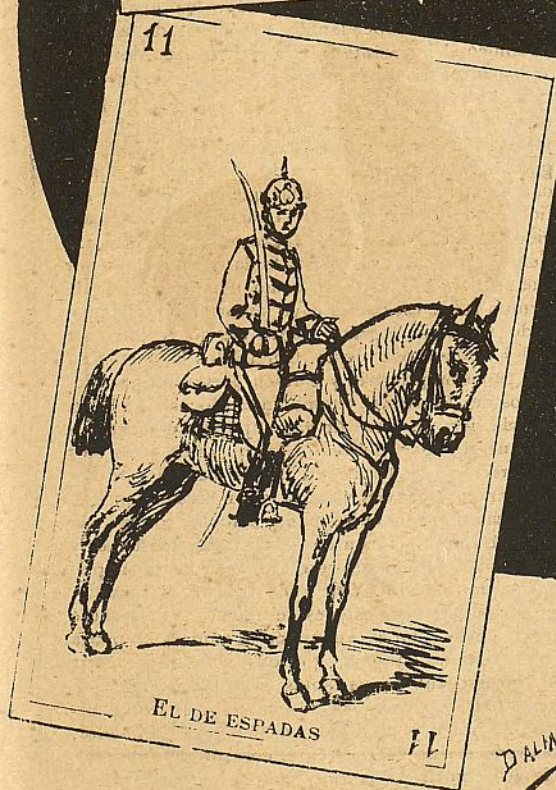
3



4

De cuya manera
queda demostrado
que puede una *polla*
convertirse en gallo.

TUTE DE CABALLOS, POR DALMAU



DALMAU

En la puerta del cielo.

En esas regiones superiores, en esos espacios misteriosos que los ojos de la materia no alcanzan y que sólo puede fingirse la mirada del espíritu; en esa gloria que la religión promete al justo, por la que muere el mártir y de que duda el sabio, vive, según dice la doctrina católica, una vida eterna y bienaventurada aquel apóstol Pedro á quien el Cristo, dió con las llaves de su reino, la facultad de conceder ó negar la entrada en el Paraíso á cuantos pecadores lleguen á sus puertas cargados con el pesado fardo de la culpa ú orgullosos de su virtud.

Estaba un día Pedro recordando la fatal noche en que negó á su Divino Maestro por tres veces, cuando vió que hacia él venia, con paso firme, una mujer vestida con esos hábitos tristemente peéticos, de color sombrío y de grosero aspecto, que llevan las Hermanas de la Caridad. Iba ya el apóstol á cortarla el paso, para preguntarle quién era y cómo habia vivido, antes de darla ingreso en el reino de los cielos, cuando por el lado opuesto á la primera, apareció otra mujer que caminaba lentamente, con la frente baja y como temerosa de haber andado en vano y de tener que deshacer lo andado. Venía completamente desnuda; habia sido en la vida cortesana, y al empezar ese viaje que el alma emprende cuando muere, habia renunciado á las galas que cubrian sus formas, ganadas con los besos del pecado y realzadas por el brillo de la hermosura.

Chocaron, desde luego, al varón santísimo la actitud resuelta, segura y decidida de la una para entrar en el cielo, y la cortedad é incertidumbre de la otra; el que una viniera á reclamar su parte de Paraíso, cual si tuviera el billete comprado de antemano, y el que otra pareciera, en su ademán y su postura, implorar, como limosna de la gracia divina, su asiento entre los elegidos.

—¿Quiénes sois?—las dijo—¿Cómo habeis creído penetrar en la gloria sin que antes yo conozca vuestras vidas, sin que, conforme á lo que me fué concedido, ate ó desate el hilo de vuestras esperanzas, según encuentre en él de prietos los nudos de la culpa? ¿Quién eres tú, que envuelto el pálido rostro en blancas tocas, vestida de burda lana y con rosario á la cintura, tan facil crees la salvación eterna? ¿Y tú, que desnuda como la imagen de la verdad, vienes humilde, temerosa, escaldados los ojos por las lágrimas y todavía húmedos los labios por los besos?

—Yo—dijo la Hermana de la Caridad—nací rodeada de las galas del lujo; pasé mi infancia entre los halagos del cariño, y entré en la juventud por esa misteriosa puerta de las ilusiones, que solo se franquea una vez y en repasar la cual parece que se consume nuestra vida. Desperté á la adolescencia al calor del fuego del amor primero; en su divina llama se abrasó mi alma, casi se consumió mi espíritu, pero mi cuerpo permaneció puro, y no llegué á gustar del placer más que el deseo. Conservé limpia, como la piel del blanco armiño, mi pureza, y mortifiqué mis sentidos; resistí el grito tentador de la naturaleza, cuando en la primavera corre por nuestras venas, ardiente y como brasa líquida, la

sangre que afluye á los labios para evaporarse en besos, y la fuerza que se agolpa á los brazos para estrechar al hombre amado; cuando en el otoño de la vida sentí invadido mi cerebro por todas esas ideas que la mujer adivina, pero que la virgen no se explica, y mi corazón por todas las pasiones de una juventud contrariada, cuando el fuego que devoraba mi alma no era el amor de los primeros años, no la inquietud vaga y misteriosa que presiente las dichas del amor cumplido, sino el sacudimiento histérico de un temperamento ardiente y comprimido, entonces busqué en las lágrimas del alma raudales con que anegar el incendio de los sentidos; y sobre aquella culpa que no llegué á cometer, pero que deseé ver consumada, y que me fingí con deleite en los lúbricos antojos del voluntario ensueño, lloré más llanto y más amargo que el que vierte el sincero arrepentimiento sobre el crimen. Entonces, con alma que inspira deseos y sin fuerzas que los contrarrestaran, como flor que, privada de dar al viento el aroma que exhala, muere, marchitos y abrazados los pétalos por la misma intensidad de su perfume, sentí desfallecer mi espíritu y vi trocarse en pálidos y débilmente sonrosados aquellos labios míos, cuya candente grana habia mojado con mi aliento de fuego mientras prodigaba á un fantasma creado por la fiebre besos que chasqueaban en el aire como aristas rotas, y cuyo eco sonoro ensordecía mis oídos ó murmuraba en ellos frases y suspiros impregnados de voces misteriosas que entonaban el epitalamio de una boda eterna. Luego, cuando la prematura vejez me devolvió una razón que jamás creí haber tenido, y la nieve de la cabeza sofocó el humeante incendio del corazón despedazado, entonces pensé en ese Dios que ama y perdona, y amé con el pensamiento cuanto no pude amar con los sentidos. Arrojé lejos de mí por enojosas é inútiles las galas, las joyas y las flores; rasgué los rasos que se ajaron de celos ante la suavidad de mis mejillas, las sedas que ocultaron los latidos de mi corazón; aborrecí cuanto me habia servido para convertir mis encantos en promesas... Cefi estas tocas, vesti esta falda, y todo el amor que sentia quise verterlo como inmensa oleada de ternura sobre esos seres cuyo amor habia ambicionado tanto sin lograrlo, devolviéndoles bien por mal y cuidado por olvido. Corrí á los hospitales en que padecen primero y mueren luego los abandonados de la fortuna, y también los locos que creen tenerla siempre por amiga; enjugué las lágrimas del que al llegar su última hora no tenia otros ojos que recogieran la mirada de los suyos; curé las pestilentes llagas del vicioso; cerré las heridas que el hermano infirió al hermano; sofoqué con mi mano la última maldición de la boca del blasfemo, y con las palabras de mi rezo acallé la postrer imprecación del réprobo. Volé á los campos de batalla, y, envuelta en tempestades de plomo, me arrodillé junto á esos héroes anónimos á quienes la patria solo exige, no una vida gloriosa, sino una muerte oscura; escuché de sus labios la última palabra de amor para la amada, la última frase de confianza para el amigo y la última oración para la madre, ese rival eterno de Dios en el corazón del hombre.. He visto morir al marino alejado de la costa; al

soldado, de la patria; al hijo, de la madre, al hombre divorciado de la razón y la justicia, y dando consuelo, vida, calor y fé á muchos, he llorado y rezado por todos. ¡Mio es el reino de los cielos!

...Yo--dijo entonces la cortesana, temerosa de que su vida pareciera al santo apóstol un tejido de horrores--no he tenido familia. En la escalinata de la puerta de un templo me abandonó una madre que no entró en la santa casa á bautizarme, ignorando que la que penetra culpable sale purificada por el dolor de su desgracia. Me criaron pechos pagados con el dinero de esa limosna pública que envilece al pobre sin socorrer al triste, y fui educada en un hospicio, entre niñas como yo, hijastras del amor, ó hijas del vicio. Encerradas todo el mes, sacábannos á paseo algunas veces formadas de dos en dos, como jauría de perros; todas éramos feas, como si en el rostro lleváramos pintada la turbación de una pasión culpable, la mancha de un placer infame, ó la priesa de un amor robado.

Quando salí del hospicio, quisegunar honradamente mi sustento. Entonces supe que el pobre, con sus propias lágrimas, acibara el pan que come.

Vial mismo tiempo, si no honrada, favorecida la holganza; pagados los favores de la hermosura con la pompa y el esplendor de la riqueza; vi hacer de la virtud comercio, de la belleza tráfico, del pudor mercancia, y me arrojé en la circulación de esos valores que respiran, cuya cotización casi regulan los poderes y que algunos miran todavía como á más que bestias y menos que mujeres.

Entré en la bacanal de la vida vendiendo belleza

á los que ya no pueden conquistarla, sentí sobre mi mejilla el beso frío del indiferente que da satisfacción al instinto sin sentir amor, y sobre mis labios rastreó babeando la boca inmundada del viejo decrepito y vicioso. La nieve de mi frente se trocó en cieno; las rosas de mi pecho se ajaron como flores presas por una mano abrasadora; á semejanza de las bacantes paganas, sentí en la boca el espachurrarse de los negros racimos oprimidos por otros labios más ardientes que los míos, y juntas con el jugo embriagador del fruto, me quemaron el rostro las llamaradas del sonrojo.

En vano protestó mi conciencia de aquella esclavitud odiosa y denigrante. Apenas salían de mis labios frases de arrepentimiento, y ya en mis oídos sonaban risas de incredulidad.

Solo para el mal encontré anchas todas las vías, risueños todos los rostros, generosas todas las manos. Llegó el día de mi muerte, y la vida que empezó en una calle, siguió en un hospicio y continuó en los más brillantes lupanares; acabó en un hospital, no templo de la caridad, sino lugar donde, al volver los ojos, creí ver revestidos los muros de espejos fidelísimos de mi pasado, no hallando por do quiera otra cosa que asco, vergüenza, odios y rencores. Viví reconociéndome inocente y despreciándome á mí misma... ¡Por lo que he sufrido, dejadme entrar en el reino de los cielos!

--Entrad las dos;--dijo San Pedro--pero tú, pecadora, entra delante; y vos, hermana, entrad también, mas no fundeis en vuestra virtud tanto orgullo, que si no os envío al infierno, es porque ya lo habeis pasado en vida.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

CHIRIGOTAS

El sábado 18 del corriente se pondrá á la venta en toda España el primero de los *Suplementos* que hace tiempo anunciamos.

Contendrá seis novelitas del insigne escritor catalán D. NARCISO OLLER, y formará un folleto de 64 páginas que se venderá al precio de 1 real.

Está en preparación el segundo suplemento: poemas de Campoamor.

Suplicamos á los señores corresponsales, que para estos como para los restantes suplementos,--formados todos ellos por obras de los mejores escritores españoles--se sirvan hacer cuanto antes el oportuno pedido.



A mil y pico de pesetas asciende lo que en un año nos han defraudado los señores corresponsales morosos.

Advertimos, pues, á los tales señores, que desde el número próximo expondremos sus nombres á la vergüenza pública, si antes no han satisfecho, ó por lo menos no empiezan á satisfacer el importe de sus cuentas.

CORRESPONDENCIA

C. C.--Cadiz--¡Válgate Dios por los gaditanos guasones!

D. P.--Santander.--Yo soy un sér desgraciado
yo soy un árbol sin hojas...
¡ah, caramba, pues por eso
tiene Vd. tan poca sombra.

M. V. R.--Alicante--Un soneto me manda hacer Ventura
¡Toma! ¡lo mismo le mandaron á Lope de Vega! Sólo que á él se lo mandó hacer Violante ¡Ah! Y no pedía 75 reales por sonetos que no valen un perro chico.

F. R.--Valencia--Pues... con franqueza: este no está ni con mucha á la altura del otro

Varios coleccionistas.--Gracias por la indicación; que será debidamente atendida.

E. P.--Barcelona--Me gusta ¡vaya si me gusta! Pero es lo cierto que no podemos admitir artículos.

Por falta de espacio--y bien sabe Dios cuanto lo siento--no puedo decir por qué razones no son admisibles las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores: G. Garabato, Uno de tantos, Cicuta, Tristan de Peñablanda, Mr. Chuleta, Ip, Cucurucho, Veleta, Cascarrabias, Grino el feo, A. M., Frasquito, A. N., Roberto el diábolito, J. D. A., y K. Rafe (Barcelona).--L. M. R., J. de Aragón, A. G. A., Aesel, J. F. A., Pepito, E. N. L., Paco Pico, R. S. D., Nino, M. G. E., ¿Firma? y C. S. M., (Madrid).--Marcos de Obregón, (Reus).--J. S. R., Macario y J. S. R., (Valencia).--P. N. y S. (Colmenar de Oreja).--L. M., (Burgos).--S. F. y V., Crastus y T. B. F. de la V. (Santander).--A. R. (Orense) y Humorístico.

¡Y así y todo quedan todavía cartas por contestar!

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9.

CANTAR, POR «MECACHIS»



Viendo un entierro ayer tarde,
me puse á considerar
que hay hombres que sólo cantan
cuando lloran los demás.

ANUNCIOS

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA

EN BARCELONA

—D. JUAN TASSO—

Kiosco de la Rambla, frente á la calle Hospital

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco, plaza Sto. Domingo

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN VALENCIA

D. Julián Peris Mencheta

Calle Entenza, núm. 40

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL

Fernan Caballero, 6, 2.º

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
en la República Mexicana

D. RAFAEL B. ORTEGA

Primera de Sto. Domingo, 12
MÉXICO

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
en Isla de Cuba

Sra. Vda. de Pozo é Hijo

Obispo. 55 — HABANA

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN GUATEMALA

D. ANTONIO PARTEGÁS

Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN CARACAS

D. Antonio S. de Bethencourt

Calle del Sur, 4

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS

Madame Schneider

Kiosque 50 — Boulevard Montmartre

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
EN PARIS

Madame Lemaitre

Kiosque 34 — Boulevard des Italiens

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA

EN BURDEOS

Mr. Marcelin Lacoste

Place de la Comédie, 3

LA SEMANA COMICA

Periódico literario, festivo, ilustrado

Colaboran en él los mejores literatos y los mas celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. Trimestre. 1'50 ptas

Fuera. Semestre. 5

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Vertrallans, 3 1.º — Barcelona

Despacho todos los dias laborables de 2 á 4 tarde